

la Iglesia con sus exemplos; y nosotros la escandalizamos con nuestros desordenes. Todas nuestras acciones no tiran, al parecer, sino à combatir el Evangelio, à destruir sus máximas, y hacer la virtud despreciable, y el pecado glorioso. San Marcos, en fin, rubricó con su sangre y con su muerte el Evangelio que habia predicado; y nosotros confirmamos con la nuestra los desordenes de nuestra vida. Morimos, digo, del mismo modo que hemos vivido; y segun que la impiedad, ò la mentira, ò la impureza ha sido la pasion dominante en nuestro corazon y en nuestra conducta, así se manifiesta en nuestras palabras, y en nuestras acciones en aquel funestísimo momento de la muerte; y este infelíz modo de finalizar nuestros dias, es, ò un justo castigo de nuestros pecados, ò un triste presagio de nuestra eterna perdicion. Reformemos, pues, Señores míos, nuestros desordenes; imitemos al Santo cuya vida admiramos. Y à imitacion suya, defendamos la Iglesia con nuestras palabras, socorramosla con nuestros escritos; edifiquemosla con nuestros exemplos, consolemosla con nuestra santa muerte, que es la que la dá una cierta esperanza de nuestra salvacion. Así sea. Amen.

SERMON
DE SANTA CATALINA
DE SENA.

*Virgines enim sunt : hi sequuntur agnum
quocumque ierit. Apocalypsis cap. 14.
vers. 4.*

Aunque el Sol registra y fomenta à todas las flores, imprimiendo en todas ellas aquella diferencia de colores y matices, que forman su respectiva belleza; no por eso dexa de tener su inclinacion particular, comunicando à unas influencias mas favorables que à otras. Las azucenas, y las rosas, por exemplo, son más queridas de este hermoso Astro, que las violetas; y el cuidado que pone en pintarlas y perfumarlas, es prueba del amor con que las mira. Pues esto que la experiencia nos hace observar en el Sol, que ilumina nuestros ojos, nos lo hace admirar la fé en el Sol que ilustra nuestros espíritus. Si, él mira à todos los Santos, como à otras tantas flores, que adornan y hermoosan el fertilísimo campo de su Iglesia, y les comunica sus virtudes y sus merecimientos, y todas las diferentes bellezas, que nos suspenden en estas flores vivientes, dimanen de las influencias de este divino Astro. Mas aunque asista y cuide de todos los Santos, como el Sol natural de todas las flores,

res, sin que haya alguno, que dexé de participar de su luz y de su calor, *non est qui se abscondat à calore ejus*; no se puede dudar de que hay algunos à quienes favorece mas que à otros, y à quienes mira con aspecto mas benigno, è influencia mas amorosa. En cuya suposicion, podré decir, sin engañarme, que aunque ama à todas las Virgenes, tuvo una ternura particular por Santa Catalina de Sena, dandonos unas pruebas indubitables de este amor en las gracias, que la hizo. Y como las inclinaciones de Maria son tan conformes con las de Jesu-Christo, es muy creíble, que amase mucho à una Santa à quien amó mucho su Hijo; y que siendo interesada en sus alabanzas, asistirá à su Panegyrico, alcanzandonos de su Magestad el socorro de su divina gracia:

AVE MARIA.

Asi como la virginidad tiene su merito particular sobre la tierra, así tiene tambien su particular recompensa en el Cielo; porque como ha sostenido aqui grandes combates, espera lograr alli magníficos triunfos. Mas juzgo, que no puede pretender otro mas ilustre, que el que promete la Escritura, quando dice, que las Virgenes siguen al Cordero por donde quiera que vá: *Sequuntur Agnum quocumque ierit*. Y en efecto, aunque en estas palabras no especifica la calidad del premio, que las está preparado, no dexa de levantar prodigiosamente sus esperanzas, y hacerlas concebir una alta idea de la felicidad que las espera; porque es lo mismo que decir las, que pues han renunciado los licitos placeres del matrimonio, por darse enteramente al Hijo de Dios, le poseerán perfectamente en su gloria. O de otro modo, que aunque los.

los demás Santos gozarán de unas delicias inexplicables, no gozarán de aquellas que particularmente están destinadas para las Virgenes: *Gaudia propria Virginum Christi, non sunt eadem non Virginum, quamvis Christi*, dice San Agustin (a). Pero como su Esposo fue aqui todo su consuelo y toda su ocupacion, será tambien en el Cielo toda su recompensa y toda su gloria: *Gaudia Virginum Christi, de Christo, cum Christo, in Christo*. En fin, es decir las, que así como ellas han seguido en la tierra à Jesu-Christo en todo y por todo; así como le han escuchado, no solamente quando daba preceptos à todos los Christianos, sino quando daba consejos à los mas perfectos; así le acompañarán en el Cielo en todo y por todo. De modo, que no habrá, digamoslo así, gabinete que las sea cerrado, ni secreto que las sea oculto: *Quo ire possumus hunc Agnum? dice San Agustin, quo nemo eum sequi audeat vel valeat, nisi vos Virgines?* Mas aunque todos estos privilegios sean tan raros, sin embargo son comunes à las Virgenes, y no hay alguna, que no los deba pretender como Santa Catalina de Sena. Por tanto, para extraerla del comun, os haré vér en este discurso, que poseyó aun estando en la tierra lo que las otras no pueden esperar conseguir sino en el Cielo; y que por un favor particular y extraordinario siguió en todo à Jesu-Christo, pues le acompañó en el desierto, donde experimentó sus tentaciones; sobre la montaña, donde oyó sus oraculos; sobre el Tabor, donde vió su gloria; y sobre el Calvario, donde sufrió sus dolores. Dadme atencion.

Tom. II.

T

PUN-

(a) Aug. lib. de Sancta Virginitate c. 27.

PUNTO PRIMERO.

Es cosa bien extraña, que habiendo venido al mundo el Hijo de Dios para instruir à los hombres, se retirase à la soledad; y que aquel que debía predicar el Evangelio en la Judéa, guardase silencio en los desiertos. Pero mayor prodigio es, que habiendo descendido desde el Cielo à la tierra, para librarnos de la tiranía de los demonios, fuese expuesto à la tentacion; y que aquel que habia de alimentar à los fieles con su misma carne, fuese acometido del hambre, despues de un ayuno de quarenta dias. Pero cesará vuestra admiracion, si considerais, que el Hijo de Dios se cargó de todas aquellas miserias de que quiso libertarnos, llevando ò sufriendo las penas debidas à los pecados que nosotros habiamos contrahido ò cometido. Y así,

Ayunó por nosotros en la soledad, enseñándonos, que así como el exceso del paladar nos arrojó del Paraíso, así la abstinencia de las viandas nos debe introducir en el Cielo: *Ut nos illuc reduceret jejunium unde gula deduxerat* (a). Tambien por nosotros fue tentado, y sufrió los asaltos del enemigo, à fin de que rechazandolos su Magestad, nos sea mas facil à nosotros executar lo mismo. Fue un artificio del Señor, dice San Pedro Chrysologo, permitir al demonio que le tentase, para que se enredase por sí mismo en sus lazos; y por sí mismo fuese preso, quando intentase prender à otros; ò que siendo vencido por el Hijo de Dios, lô fuese tambien con

(a) Terrull. de Jejan.

con facilidad por los hijos de los hombres: *Christus diabolo se quærenti patienter indulsit, ut inimicus suo laqueo teneretur, & caperetur inde, unde capere se putabat, sicque à Christo victus, cederet Christianis* (a). En efecto, despues que el demonio fue vencido por Jesu-Christo, ha perdido el pecado, al parecer, su fuerza; y la deshecha del Tyrano ha sido la ruina de su partido: *Diabolo victo, vitia nihil valent, quia extincto tyranno, soluta sunt acies tiranni*. No hay, pues, Christiano que no se burle del diablo, y que aprovechandose de la victoria del Hijo de Dios, no pueda conseguir sobre él gloriosos triunfos.

La Santa à quien hoy celebramos, es una ilustre prueba de esta verdad; porque aunque, como muger, fuese flaca, venció à los demonios, triunfando de estos sobervios espiritus. En todo sitio y lugar la persiguieron; pero desconfiando de sus fuerzas, no osaban acometerla sino en tropa. Tomaban formas horribles para amedrentarla, usaban de amenazas para aturdira, se valian de los tormentos para vencerla. Mas la Santa, asistida de la oracion y de la abstinencia, hacia inutiles todos sus esfuerzos, y los obligaba à reconocer, que nada podian contra aquellos, que se sirven de estas armas para resistirlos.

Y efectivamente, Señores, el ayuno es à un mismo tiempo la debilidad, y la fuerza del Christiano. Por una parte, enflaquece su cuerpo; mas por otra, eleva su alma. Por una parte debilita la carne, y por otra fortalece el espiritu. Y la experiencia nos enseña, que anima à los fieles en los combates que

T 2

em-

(a) Chrysolog. Sermon. 11.

empresen contra los enemigos de Dios. Mas victorias consiguieron los Judíos por su abstinencia que por su valor; y siempre que habian de dar una batalla, buscaban fuerzas en el ayuno; y empeñaban al Cielo en favor suyo, privandose de los placeres del paladar: *Hæ sunt vires jejunantium Deo, Cælum pro ejusmodi militat, & pastos impasti cæciderunt, armatos inermes* (a). En esta virtud, pues, fue donde halló Santa Catalina la fuerza y el valor. Por el socorro de ella triunfó de los demonios, enseñando à todo el mundo, que la palabra de Dios no solo alimenta al alma, sino tambien al cuerpo. Y así pasaba meses enteros sin tomar alimento. Su cuerpo no podia llevar las viandas; y por mas esfuerzos que hiciese para obedecer las ordenes de sus Confesores, no podia tomar otra cosa que la Sagrada Eucaristia. Sí. Este pan de Angeles la alimentaba, esta vianda celestial, que conserva la vida de los Bienaventurados, daba vigor à esta fiel Amante.

Dicese, que el Maná causaba estraños efectos en los Israelitas; porque además de apaciguar su hambre, reparaba las menguas que el calor natural hacia en sus cuerpos. A mas de esto, los preservaba de enfermedades; y les infundia tal fuerza y valor, que eran invencibles en los combates. Y así, un corto numero de sus Soldados derrotaba exercitos enteros; y animados con esta milagrosa vianda, no hallaban naciones que pudiesen resistir à su valor. Y si el Maná hacia estas maravillas, no debe admirar que la Sagrada Eucaristia, de quien era figura, las produxese mayores en el alma y en el cuerpo de

San-

(a) Tercull. de Jejun.

Santa Catalina de Sena; ni debemos estrañar, que la que en sus ayunos no tomaba otro alimento que el pan de los Angeles, haya conseguido tantas victorias sobre los demonios; y que imitando à aquel à quien habia consagrado su pureza, venciese dentro de su celda à los enemigos que Jesu-Christo habia vencido en el desierto.

Y para que esta Santa tuviese parte en los triunfos del Señor, no menos que en sus combates, los mismos Angeles que servian al Hijo de Dios en su soledad, la consolaron en su retiro. La Sagrada Escritura nos enseña, que despues que el Salvador del mundo consagró el ayuno en su persona, y nos mostró con su exemplo las armas de que nos debiamos valer para pelear con los demonios, vinieron los Angeles à celebrar la victoria con su Magestad, y que estos dichosos espíritus, reconociendole por su Soberrano, le prestaron el debido homenaje en el desierto: *Et accesserunt Angeli, & ministrabant ei* (a). La tentacion, la soledad, y el combate fueron pruebas de su humildad, pero los servicios de los Angeles fueron testimonios de su grandeza, dice San Ambrosio: *Si secundum carnem à dæmonibus tentatus est, secundum dignitatem ab Angelis adoratur* (b); porque no hay cosa mayor, ni puede darse cosa mas grande que la de mandar à los Angeles. Jesu-Christo, para honrar à su Esposa, y obligarla à caminar sobre sus pasos, quiso, al parecer, que tambien fuese tentada, y que combatiесе, y triunfase como él; porque despues de haber ayunado años enteros, fue asaltada de los demonios, y al fin visitada de los

An-

(a) Matth. 4. v. 11. (b) Ambros. lib. 3. de Fide, c. 3.

Angeles, que la felicitaron por las gloriosas victorias que habia conseguido de sus comunes enemigos. ¿Y no bastan, Señores, todas estas circunstancias, para verificar las palabras de mi texto? ¿no podré justamente decir, que esta Santa gozó de los privilegios de las Virgenes, respecto de que acompañó á su Esposo en las tentaciones, en los ayunos, en los combates y en los triunfos? Pero ved aqui otra prueba mas evidente; pues Jesu-Christo la admite sobre el monte con sus Discipulos, y la manifiesta los mas altos Misterios de la Christiana Religion.

PUNTO SEGUNDO.

Aunque el Hijo de Dios es Sol, no está precisado á comunicar su luz y su calor. Solamente comunica estas dos qualidades á quien le agrada; porque como es perfectamente libre, ilumina, y calienta á las almas, quando y como le place. Este Astro, que diariamente gira por cima de nosotros, no es dueño de sus influencias. Y asi, las distribuye indistinctamente sobre toda clase de entes, y está precisado á iluminar un cenagal, del mismo modo que á una cristalina fuente. Tampoco discierne en su carrera los pueblos del mundo; y aunque es hechura de Dios, no menos calienta y favorece á sus enemigos que á sus fieles. Su belleza no le exime de la servidumbre; y aunque se levanta con tan augusta pompa sobre nuestro Horizonte, es esclavo de todas las criaturas; porque ni puede reusarlas su luz, ni su calor. Mas como la liberalidad de Dios es tan grande como su bondad, distribuye sus gracias segun le agrada, y descubre sus secretos á quien mejor le parece. Quando apareció en la tierra baxo el velo de nues-

nuestra humanidad, no trató á todos los hombres igualmente; sino que reservando sus mas altas verdades para sus mas queridos, solamente comunicó las mas comunes á los pueblos. Retiraba de entre los demás á sus Discipulos, quando queria explicarles los Misterios; y dexaba las turbas en la falda del monte, interin que en su cima conversaba con sus Apostoles sobre las maximas mas ensalzadas de la Religion. Allí fue, donde abriendo su divina boca llena de oráculos, les explicó los secretos de la moral christiana, haciendoles comprehender, que la verdadera grandeza estaba anexa á la humildad, que la dicha era inseparable de la persecucion, y que la abundancia no se podia hallar sino en la pobreza voluntaria: *Beati pauperes spiritu. Beati qui persecutionem patiuntur.* Despues de haberles enseñado estas celestiales paradoxas, les manifestó los Misterios, explicandoles su salida del Seno Paternal por la Encarnacion, su sacrificio por su Muerte, su retorno al Padre por su Ascension, haciendoles entender todo quando habia emprendido, y executado por nuestra salud. Pero

Aunque las luces de otros Santos no igualen á las de los Apostoles, que fueron instruidos en la escuela del Hijo de Dios y en la del Espiritu Santo; sin embargo, se complace su Magestad, al parecer, en confiar sus secretos á las almas puras, descubriendolas los mas grandes misterios de la Religion. Si San Juan Evangelista no hubiera sido del numero de los Apostoles, sino solamente del de las Virgenes, me serviria de primera y mas evidente prueba de esta verdad: porque penetró todos los secretos del eterno nacimiento del Hijo de Dios; y entrando en el seno adorable del Padre, notó todas las maravillas

llas, que los Angeles adoran en él, sin comprenderlas. El fue quien nos descubrió un Mysterio, que los Profetas no habian acabado de admirar. El fue quien nos enseñó, que el Hijo era juntamente el Entendimiento y la Palabra de su Padre; que como entendimiento, todo quanto se hizo en el tiempo, lo habia proyectado ya en la eternidad: *Verbum erat apud Deum*; que como palabra, lo habia executado en los tiempos: *Omnia per ipsum facta sunt*. Que la palabra habia quedado en silencio, que el esplendor del Padre se habia obscurecido, que su Imagen se habia hecho semejante al pecado, y que el Hijo de Dios se habia hecho hijo del hombre, á fin de que los hijos de los hombres llegasen á ser hijos de Dios: *Dedit eis potestatem filios Dei fieri his qui credunt in nomine ejus* (a).

Pero sin alejarme tanto de mi objeto, los Profetas mas ilustrados fueron los mas castos; y las luces que tuvieron Elías y Daniel, fueron, al parecer, recompensas de su pureza. Las mismas Sybilas, aunque paganas, no tuvieron tantos conocimientos de nuestra Religion, sino por haber sido eminentes en esta virtud; honrandolas, al parecer, el Hijo de Dios con el don de profecía, para manifestar la estimacion que hace de la Virginidad. Finalmente la gran Santa, á quien yo dirijo en este dia el Panegyrico, debe todas sus luces á su pureza; y así como fue una de las mas puras Esposas de Jesu-Christo, así fue tambien una de las mas sábias Virgenes de la Iglesia; porque la luz fue no menos la herencia de esta Santa, que el calor. De modo, que se puede decir, que así como

fue

(a) Joann. c. 1. v. 12.

fue un Serafin en la caridad, del mismo modo fue un Querubin en el conocimiento. El Hijo de Dios, en quanto esplendor del Padre, se habia entregado á ella, infundiendo en su alma las mas puras y las mas altas luces del Christianismo.

Este Angel en carne instruido en la escuela de su Esposo, entendia los mas altos y los mas humildes mysterios de nuestra creencia. Penetraba, sin ofuscarse, las maravillas del nacimiento eterno del Verbo Divino; y comprendia, sin escandalizarse, las humillaciones de su nacimiento temporal. Adoraba al Verbo increado en sus grandezas, y adoraba y amaba juntamente al mismo Verbo encarnado en sus abatimientos; y dividiendo su alma entre la adoracion y el amor, se entregaba enteramente á estos dos Mysterios, igualmente amables y adorables. Sus intimas comunicaciones con Jesu-Christo habian infundido tantas luces en su espiritu, que resplandecian en sus palabras, sin que pudiesen impedir esta celestial efusion todos los esfuerzos de su modestia. Los mayores Teologos la consultaban sobre las cuestiones mas dificiles; y recibiendo sus respuestas como oráculos, testificaban el respeto que tenian á su doctrina.

Por este mismo privilegio, entraba frecuentemente con su espiritu en la eternidad, y allí veía de una vez todo quanto se reparte segun la diferencia de los tiempos. Veía, digo, lo pasado, como si estuviera presente; conocia lo futuro, como si ya hubiera pasado; y juntando entre sí dos tiempos, que la naturaleza es incapáz de unir, formaba en su espiritu una imagen de la eternidad, que la representaba todas las cosas. Desde su Celdilla, donde siempre estaba reclusa, veía todo quanto pasaba en el mundo; y como

mo esta vision no disipaba su alma; estaba recogida en medio de tan diferentes acontecimientos. Daba con frecuencia aviso á los Sumos Pontifices de los daños que amenazaban á la Iglesia Universal. Informaba á los Principes de los desastres que iban á caer sobre sus Estados. Y como si fuera el oráculo de toda la christiandad, profetizaba los bienes, y los males que habian de suceder en todos los Reynos. Pero lo que aprecio yo mas en sus luces es, que todas estaban mezcladas con la caridad; porque como procedian de aquel Verbo adorable, que es con su Padre el principio del amor increado, y producian tambien santos ardores en su alma. La misma historia de su vida nos enseña, que ninguno se acercaba á ella, que no volviese mejorado: *Nemo ad eam accessit, qui melior non redierit*. Y á manera de aquellos Astrós, cuyas influencias son todas favorables, así Catalina comunicaba la luz, y el calor á las almas.

Confesad, pues, Señoras mías, que os hallais muy distantes de esta santa disposición; porque infestais á los que á vosotras se acercan; y por vuestras miradas artificiosas, por vuestras licenciosas palabras, por vuestras afectadas acciones, introducís la impureza en los ajenos corazones, y haciendo el oficio de Demonios, procurais perder á todos los hombres, que tienen la desgracia de aboraros. Y estos miserables, vengandose de vosotras por medio de sus artificios, os hacen otro tanto mal, como les habeis hecho: porque si no estais en centinela sobre vuestro corazon, os seducen con sus alabanzas, os corrompen con sus promesas, os excitan el amor ácia ellos, y os hacen impudicas, despues de haberos hecho soberbias. ¡Ah! ¡quánto mas dichosa era, sin du-

da, nuestra Santa! ¡quánto más inocente! Ella hacia bien á todo el mundo; no tenia influencias malignas; è imitando á su querido Esposo, sanaba á los enfermos, consolaba á los afligidos, convertía á los pecadores, y hacia otros tantos milagros, como proferia de palabras.

Pero nunca era mas eloqüente, que quando se ofrecía cortar enemistades, y reconciliar á los enemigos; porque del mismo modo, que si intentára executar los designios del Hijo de Dios, que murió unicamente para ahogar nuestros litigios y enemistades, *interficiens inimicitias in semetipso*, no trataba con los hombres, sino para extinguir el odio, y encender la caridad en sus corazones. Era tan grande su zelo, que cosa ninguna le podia resistir ó contener; y así como la nieve se liquida luego que recibe los primeros rayos del Sol, así la frialdad de las almas se derretía á las primeras palabras de la Santa. Cien veces desarmó á sus conciudadanos, que durante el furor de unas guerras civiles, estuvieron sobre el punto de combatirse dentro de sus mismas murallas. En estos casos, se presentaba Catalina en medio de sus tropas, è imponiendo silencio á todos, les hablaba con tal fuerza y con tanta gracia, que las obligaba á soltar el odio del corazon, y las armas de las manos. Era preciso, hermanas muy amadas, que para obrar estos milagros hubiese vuestra Santa Madre penetrado muy bien el mysterio de nuestra redención, y estuviere muy animada del espíritu de aquel Señor, que murió en una Cruz, para reconciliar á los pecadores con su Padre. Pero si Santa Catalina recibió tan gran copia de luces en seguimiento del Cordero, no recibió menos gloria sô-

bre el Tabor, donde fue dichosamente transfigurada con él. Y así mirad:

PUNTO TERCERO.

Aunque el Hijo de Dios vino á la tierra á padecer, no dexó de dar en algunas ocasiones evidentes pruebas de su poder entre sus flaquezas, y de despedir rayos de su gloria entre sus abatimientos. Y así, sus milagros dexaban frecuentemente atonitos á sus mismos enemigos; sus miradas desarmaban sus manos, y sus palabras reprimian su furor. Caminaba por entre ellos, sin ser herido de las piedras que arrojaban sobre su inocentísima cabeza. Con la magestad de su semblante contenia sus perniciosos designios, y los rayos de luz que despedian sus ojos, les infundian respeto y temor. Mas quando hizo la mas plausible ostentacion de su gloria, fue en el Tabor. Allí fue, dondè ocultando todas nuestras miserias, de que se habia revestido en las entrañas de su Madre, apareció con todo el resplandor y hermosura, que era debida al unico Hijo de Dios. La misma Escritura nos enseña, que la candidéz de sus vestidos igualaba á la de la nieve, y que el resplandor que brillaba sobre su divino rostro, excedia al del Sol.

Por tanto, no se dignó su Magestad hacer participantes de esta gracia sino á los mas ilustres de sus Profetas, y á los mas considerables de sus Apostoles. No llamó sobre la montaña sino á Moysés y á Elías, de los quales, el primero habia dado la Ley antigua, y el segundo habia reformado la nueva: *Quorum alter, dice Tertuliano, initiator veteris testamenti, alter con-*

sum-

summator novi (a). Ambos habian ayunado quarenta dias, y alimentandose unicamente de Dios, habian ya autorizado el oráculo que Jesu-Christo pronunció despues; conviené á saber, que el hombre no vivia unicamente con pan, sino con la palabra de su Padre: *Quadragesima diebus Moyses, & Elias jejunio functi, solo Deo alebantur: Jam tunc dedicabatur, non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei* (b). Los Apostoles, que tambien subieron con Jesu-Christo al monte, eran sus principales confidentes; los que habian recibido los mayores testimonios de su amor; y los que habian sido destinados para las cosas mayores. San Pedro, para el gobierno de su Iglesia. San Juan, para tener cuidado de la Madre del Hijo de Dios; y Santiago, para ser el primer Obispo de la Capital de la Judéa: *Petrus ascendit, quia claves regni colorum accepit; Joannes cui committitur Mater; Jacobus qui primus sacerdotale solium ascendit* (c).

Pero aunque todos estos grandes hombres fueron testigos de la gloria del Salvador del mundo, no tuvieron parte en ella por entonces, ni mientras vivieron. La vieron, es verdad: pero no la gozaron; y aunque su alma se llenase de alegría, el cuerpo nada recibió de esta ventaja, Moysés, y Elías perdieron alli su propio esplendor; porque desde que se dexó vér la luz sobre el rostro de Jesu-Christo, se desvaneció la de estos dos personajes. Y así como el Sol ofusca á los astros, quando su claridad se propaga por el Cielo, desapareciendo en su presencia las

(a) Tertull. lib. 4. advers. Marcion. (b) Tertull. lib. de Resurrect. carnis. (c) Ambros. in Lucam lib. 7.

las estrellas; así Moisés y Elías cedieron todos sus lucimientos á su Maestro y Señor, despojandose de la claridad, que antes brillaba en sus cuerpos, y aun en sus vestidos: *Ubi gloria Domini ostenditur, dice San Ambrosio, servulis splendor absconditur: Quomodo enim videri poterant sub illo sole æterno justitiæ stellæ carnales, tenebræ sunt universæ comparatione lucis æternæ* (a). Los Apóstoles cayeron en tierra atonitos de espanto. De modo, que fue preciso, que el que los había asombrado con su magestad, los alentase con su dulzura, dandoles la mano, y alzandolos de la tierra: *Fulgorem gloriæ Domini transfigurantis se, sustinere non poterunt*. No pudieron sostenerse á vista del resplandor que despedía su Maestro transfigurado; y si su Magestad no les diera la mano, nunca se hubieran podido levantar de la tierra, ni volver de su espanto: *Jesus tetigit eos, & jussit ut surgerent, & sequestrarent formidinem*, dice el mismo San Ambrosio. Y así, la montaña del Tabor fue fatal á los Apóstoles; porque si bien sintieron algun regocijo, tambien los consternó.

Mas para Santa Catalina de Sena fue ciertamente mas gloriosa; porque como acompañó al Cordero en calidad de Virgen: *sequuntur Agnum quocumque ierit*, halló en el Tabor el placer y la gloria, sin el espanto, ni la humillacion: pues además de que el Hijo de Dios la descubria frecuentemente todas sus bellezas, apareciendose á Catalina con todo aquel resplandor, que causa la felicidad de los bienaventurados; además de que la colmaba de aquellas delicias

(a) Ambros. Prefat. in Ps. 47.

cias, de que gozan los Angeles en el Cielo á vista de su hermosura: *In quem desiderant Angeli prospicere*; su Magestad la transfiguraba á ella misma; la comunicaba una parte de su gloria, revistiendola de tales luces, que los que á ella se acercaban, quedaban ofuscados. Tan presto la levantaba en el ayre, y hacia vér, que su cuerpo no tenia mas adhesion á la tierra que su alma; tan presto la eximia, como ya se ha dicho, de todas las necesidades, que son inseparables de la vida mortal; y por consiguiente no tomaba otra vianda, ni otro refrigerio que el de los Angeles.

Estos bienaventurados espiritus no necesitan de otro alimento que del mismo Dios, y por consecuencia, el Señor que causa su gloria, les sirve de vianda y de vestido: *Utor cibo invisibili*, decia un Angel á Tobías (a). Y nuestra ilustre Santa gozaba de estos mismos privilegios, y poseía, estando sobre la tierra, las ventajas que solamente logran otros en el Cielo. Su cuerpo, mas era templo, que prision de su alma. A donde ésta queria ir, la acompañaba. Y hallandose ya esento de todas aquellas debilidades, que causan la mayor parte de sus penas, era mas sutil que la luz, mas pronto que los relampagos, y mas brillante que el Sol. El Hijo de Dios la trataba, al parecer, del mismo modo que tratará á su Iglesia en algun dia; y que por arras de su amor la habia comunicado su esplendor y su magestad. Confesemos, Señores, que no hay Principe alguno que se porte con sus mayores amigos, como Jesu-Christo se porta con los suyos: porque si reflexionais to-

(a) Tobías 12. v. 19.

dos los prodigios que obra en su favor, confesarseis, que su poder jamás es mas absoluto, que quando es dirigido por su amor. Su Magestad se hace hombre, para hacerse semejante à sus queridos; descendiendo de su trono, para hacerse accesible, y tratar con ellos. Asimismo los ha rescatado con su propia sangre; y mas zeloso que David, que ganó la mano de su esposa à expensas de cortar la cabeza à Goliath, adquirió su Magestad las suyas à costa de perder su propia vida. Ninguno otro Monarca hubiera podido formar este designio; porque hubiera perdido por su muerte lo que hubiera ganado por su amor. Pero Jesu-Christo, cuyo poder es igual à su caridad, no temia el morir por sus esposas; porque sabia muy bien, que despues de resucitado, las poseería; y por consequéncia, que la muerte, que rompe todos los lazos de los desposorios, no impediria el cumplimiento del suyo. Pero aun pasa su amor mas adelante; y como si intentára añadir testimonios de su amor, las dá à sus Esposas por comida su cuerpo, y su sangre por bebida. Mas porque todo debe ser común entre los amantes, y las Virgenes deben acompañar à todas partes al Cordero, las comunica su gloria, las hace participantes de su poder, las admite en su trono, y las recibe en su lecho: *Dabo ei sedere mecum in throno meo* (a).

Sé muy bien, que no hay Virgen alguna, que no pueda pretender esta dicha; y que alegando à Jesu-Christo las palabras de su Apostol: *sequuntur ut Agnum quocumque terit*, no pueda justamente aspirar

(a) Apoc. 3. v. 21.

rar à estos privilegios. Pero confesad conmigo; Señores, que su Magestad reserva regularmente para el Cielo la comunicacion de estos favores, y el cumplimiento de sus promesas; y que entre las innumerables Esposas que hay en la Iglesia, hubo poquissimas, à quienes, viviendo aun sobre la tierra, concediese estas gracias, como lo practicó con Santa Catalina de Sena: porque reynó, al parecer, con su Esposo, tuvo en las manos su cetro, en la cabeza su corona, mandó en su Estado, y fue revestida de su gloria. Filon dixo, que Dios habia descansado en Moysés en orden al gobierno del mundo; que le habia asociado à su Imperio; y que constituyendolo por Dios de Faraon, le habia hecho Soberano del Universo: *Quem fecit Deum Pharaonis, mundi Principem constituerat* (a). Pero con toda la autoridad, que Dios concedió à Moysés, nunca le ensalzó à la dignidad de Hijo, ni à la de Esposo; y como San Pablo infiere muy bien diciendo: que Moysés era inferior à Jesu-Christo, porque no era Hijo de Dios; asi puedo yo tambien concluir, que era Moysés inferior juntamente à Santa Catalina, porque no era Esposo de Dios, como ella lo fue.

Y en efecto, las intimidades de una Esposa son mucho mas estrechas que las de un esclavo: sus gracias son mas dulces, sus privanzas son mas familiares, y su poder es mas absoluto. Y así, la reputacion y credito de esta Santa se habia extendido por toda la Iglesia: por cuyo motivo, de todas partes se hacian viages à la Ciudad de Sena, para implorar su socorro. Los enfermos iban à buscarla en tropas;

Tom. II.

X

los

(a) Philo Judrus in vita Moysis. cap. 31. v. 21.

los endemoniados eran asimismo conducidos para conseguir su libertad; y así como los pecadores, que se acercaban à ella, volvian convertidos, así los enfermos y miserables que la buscaban, volvian consolados y sanos. Ella mandaba sobre las enfermedades, como si fueran sus esclavas; y estas hijas del pecado obedecian sus ordenes. Los demonios, aunque criaturas rebeldes en el Estado de Jesu-Christo, no osaban contravenir à los preceptos de Catalina; y esta Virgen enferma y languida precisaba à estos espiritus insolentes y sobervios à dexar las personas que poseían. ¿Qué cosa, à la verdad, mas gloriosa, que la de mandar à las enfermedades, que no perdonan à los Principes del mundo, y de contar en el numero de sus esclavos à los que son tyranos de todos los hombres? El Evangelio nos dice, que el Hijo de Dios tenia un poder tan absoluto sobre las enfermedades, que no habia lugar, ni tiempo, en que no hubiese curado, ò libertado de ellas à los hombres. Los curaba en los poblados, en los desiertos, en los campos y en las casas, para que todos conociesen que su poder no tenia terminos, ni su imperio conocia limites: *Ubique Jesus curat*, dice San Ambrosio; *ubique sanat, in itinere, in domo, in deserto* (a). Lo mismo puede decirse de su Esposa. Hacía milagros en todos los lugares. Adonde quiera que fuese, no la faltaba el poder, y todos sus viages están marcados con sus milagros.

Mas para que la semejanza que tenia con su Esposo, fuese mas completa, y tuviese la gloria del haberle imitado en un todo, hallo que tambien fue

par-

(a) Ambr. lib. 3. de Virgin.

participante del mayor honor que tuvo el Hijo de Dios sobre el Tabor. Porque mirad: como aquel monte fue el teatro donde Jesu-Christo se dignó manifestar su grandeza y su poder, fue tambien el sitio, donde su Padre le procuró el mayor honor, y los mayores homenages: porque además de que allí se declaró como el Señor de la vida y de la muerte, pues resucitó á Moysés, y sacó á Elias del Paraíso terrenal; además de que allí fue reconocido por Autor de la Ley, y por el Soberano de los Profetas; además, en fin, de haber sido coronado de gloria, y adorado de vivos y muertos, su Padre contribuyó tambien à su grandeza, pues explicandose por la voz de los truenos y de los relampagos, enseñó á todo el mundo, que aquel era su Hijo unico, y el objeto de su complacencia y de su amor: *Hic est filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui*. Palabras, que comprehenden todas la grandezas de Jesu-Christo, sin que pueda añadir cosa alguna á este divino Panegyrico toda la eloquencia de los hombres, ni de los Angeles. Y así, no puede explicarse el referido texto con palabras mas nobles y ajustadas que las de S. Leon Papa, que por tanto puede intitularse en esta ocasion el interprete del Padre Eterno: *Hic est, filius meus dilectus, dice este eloquente Orador: Quem à me non separat deitas, non dividit potestas, non discernit aternitas* (a). Este es mi mas amado hijo, á quien ni la divinidad, ni el poder, ni la eternidad separan de mí; pues me es igual en todas las cosas, y es Dios eterno, y omnipotente como yo.

Pues ahora, Jesu-Christo tuvo, al parecer, de-

X 2

sig-

(a) D. Ley Hom. de Transfig.

signio de tratar á su Esposa, del mismo modo que á él le trató su Padre, y de hacerla el mismo elogio, que comprehende todas sus grandezas, y todas sus alabanzas. Porque como leía en el corazón de Catalina, y conocía su amor y su fidelidad, se complacía en alabarla, y tomando las palabras del Esposo de los Cantares, la llamaba algunas veces, hermana suya; y otras, su amante. Y á la verdad, aunque Dios no halle cosa alguna fuera de sí, que merezca su estimacion y afecto; con todo eso, la Escritura nos dice, que ama á todas sus obras, y que le merecieron su aprobacion todas las criaturas, quando las sacó de la nada. El Apostol San Pablo nos asegura, que su Magestad aplaudirá á los fieles á vista de los Angeles y de los hombres; y que dando á cada uno de ellos la gloria que le es debida, les hará juntamente un Panegyrico: *Tunc laus erit unicuique á Deo* (a).

Por eso no se debe extrañar, que honre á Catalina, que estime sus virtudes, y que para manifestar el amor que le debe, la intitule su Amante y su Esposa. El Hijo de Dios, como que se despoja de su grandeza, quando trata con las almas que ama. Y aun diré con San Bernardo, que quando hace la persona de Amante, desaparece en su Magestad la de Juez y la de Rey: *Cedit quippe fastus ubi invalescit affectus. Adest dilectus, amovetur Magister, Rex disparet, dignitas exiit, reverentia ponitur* (b). Asi, no hay que admirarse, de que conversando con Santa Catalina, omita los gloriosos nombres de Soberano y de Señor, tomando los de Hermano y de Aman-

Amante, y que dé tales pruebas de su amor á una Santa, á quien hizo juntamente participante de sus dolores; pues siguiendo la historia de sus privilegios, vereis ahora, que no menos siguió al Cordero esta gran Santa sobre el Calvario; que sobre el Tabor.

PUNTO CUARTO.

Es una cosa que admira, que siendo el amor tan dulce, sea inseparable del dolor, que es tan cruel. Pues en efecto; tanto en la naturaleza como en la Religion, está siempre la amistad mezclada con las penas; de modo, que desde que un hombre llega á ser amante, debe prepararse para ser mártir. Dios se hizo hombre por nuestro amor; pero desde que empezó á amarnos, empezó á padecer por causa nuestra; lo que obligó á decir á San Pedro Chrysologo, que el amor no tiene otras pruebas que las del sufrimiento: *Amor passionibus probatur*. Está máxima tan verdadera, que no hay Christiano, que si vive según la Ley del Evangelio, no desee padecer por Jesu-Christo. Y no estaria satisfecho, si antes de reynar con su Señor, no padeciese con él; y aun juzgo, que le faltaria alguna cosa, si á su satisfaccion, ó á su felicidad, si no pudiera hacer patente al Hijo de Dios su amor en sus sufrimientos.

De aqui proviene, que todos los Santos suspiran por la Cruz, buscan las ocasiones de llevarla, y desean ser colocados en ella, para hacerse semejantes á su amante crucificado: *Amor meus crucifixus est*, decia San Ignacio. Mi amor es crucificado, esto es, Jesu-Christo, á quien yo amo, me ha manifestado su amor sobre la Cruz; es necesario, pues, para cumplir mi obligacion, que yo le manifieste el mio

(a) 1. ad Cor. 4. v. 5. (b) Bern. Sermon. 45. in Cant. (c)

sobre el mismo lugar, y que mis manos sean tras-
pasadas con clavos para su gloria, asi como lo fue-
ron las tuyas por mi salvacion. La Esposa de los
Cantares no podia ascender sobre el trono de su Es-
poso, ni reynar con él sino seguirle en sus viages,
acompañarle en sus peligros, y dividir con él todas
sus penas. En fin, el amor es la medida del dolor; y
aquel ama mas à Jesu-Christo, que mas desea pade-
cer por él: *Qui plus diligit, plus dolet*, dice Gil-
berto Abad (a).

Mas no hallo prueba mas convincente de una ver-
dad tan manifiesta, como Santa Catalina de Sena;
porque como tuvo un amor tan extremado por el
Hijo de Dios, tuvo tambien extremados deseos de
padeecer por él. Y en lo que es permitido juzgar de la
disposicion de los Santos por sus palabras, digo, que
no se ha visto alguno en la Iglesia, que con mas ar-
dór y empeño haya deseado sufrir por Jesu-Christo,
que Catalina. Nada la era agradable, si no llevaba
consigo las señales de la Cruz. Y asi, preferia la en-
fermedad à la salud, porque era dolorosa. Huía del
honor, y apetecia el desprecio, porque este es difi-
cil de sufrir. Buscaba la pobreza, y huía de la abu-
dancia, porque la primera nunca puede estar sin pena.
Las gracias que mortificaban à su inocente alma, la
eran mas agradables que las que la consolaban. Las
impressions del dolor la parecian mas dulces, que las
de la alegria. Y para decirlo en una palabra, Jesu-
Christo crucificado le era mas amable, que Jesu-
Christo glorioso.

Y este divino Amante, que se acomoda à las in-

(a) Gilbert. in Cant. *Qui plus diligit, plus dolet* in libro

clinaciones de sus Esposas, se aparecía con mas fre-
quencia à Catalina cargado de llagas, que cubierto
de luces. Y quando, para experimentar su amor, la
dió à elegir una de sus dos coronas, prefirió la de espi-
nas à la de gloria, testificando, que el Calvario la era
mas agradable que el Tabór; y el Hijo de Dios satis-
fizo enteramente los deseos de su Amante, porque la
imprimió sus llagas; y traspassando sus pies, sus ma-
nos, y su costado, la hizo una de sus mas fieles ima-
genes. Ya estareis contenta, Catalina; vos sufris por
vuestro Esposo; estais crucificada como él; y sabeis
por experiencia lo que le costó la redencion del mun-
do sobre la Cruz. Pero no, amadas hermanas mías,
no se satisfizo con esto Catalina; alguna cosa faltaba
aun à esta amante Esposa del Señor. Y asi, aceptó la
pena, pero rehusó el honor que de ella le resultaba.
Y considerando, que un favor tan extraordinario la
haria ilustre entre las demás Esposas de Jesu-Chris-
to, le suplicó à su Magestad, que no hubiese en esta
gracia mas que puro dolor; y por consiguiente, que
experimentandó todo el rigor de las llagas, no traxe-
sen consigo ni el honor de la apariencia exterior, ni
la gloria que de esto podia resultarla. ¿No es esto, Se-
ñores, ser bien amante de la Cruz? ¿no es esto seguir
generosamente al Hijo de Dios sobre el Calvario? ¿no
es esto acompañar al Cordero en su sacrificio? ¿No
es esto, en fin, imitar sus virtudes, participar de
sus dolores, y cumplir con las obligaciones de Es-
posa, y de Virgen? *Sequuntur Agnum quocumque
ierit?*

Pero si todas estas máximas que hemos estableci-
do son verdaderas; si los que aman à Jesu-Christo
desean padeecer por su Magestad, confesemos à pe-

ser de nuestra confusion, que no le amamos, respecto de que tenemos tan grande aversion à los dolores, y tan excesiva adhesion à los placeres. Yo no veo Christiano, que no busque la diversion y la alegria, y que no huya del sufrimiento y del desprecio. Cada uno se quiere edificar un Paraíso sobre la tierra; y sin pensar en que adorà à un Dios crucificado, nõ quiere subir à la gloria por el camino de la Cruz. ¿Y no sabéis, Señores míos, que este es el unico camino que marcó el Hijo de Dios para ascender à ella? ¿No sabéis, que habiendo descendido su Magestad sobre la tierra por nuestra salvacion, no quiso volver al Cielo, de donde habia partido, sino por el camino del sufrimiento y del dolor? *Oportuit Christum pati, & ita intrare in gloriam suam?*

Este exemplo, vuelvo à decir; ¿no hace impresion sobre vuestro espiritu? Quando os acordais que Jesu-Christo es vuestra cabeza, ¿no considerais, que es necesario tener parte en sus penas para conseguir sus meritos? No temeis, que no habiendo querido llevar su Cruz, os niegue su gloria? ¿No considerais que no habiendo querido sufrir por él, no os juzgue dignos de reynar con él? Y no me opongais por excusa vuestra debilidad; porque Catalina, que era una debil doncella, os ha quitado este pretexto. Si vosotros tuvierais mas amor, tendriais tambien mas animo. Y asi, algun dia esta misma Santa, à quien dirigis vuestros cultos, sin imitar sus virtudes, pronunciará vuestra sentencia, y os obligará à confesar, que aun quando vosotros no hayais podido, como ella, seguir à Jesu-Christo al desierto, ni acompañarle sobre el Tabor; à todos os era y es posible seguirle, y acompañarle sobre el Calvario. Prevenid, pues,

estos justos cargos que os han de hacer, aprovechaos del exemplo que os dió Santa Catalina. Llegad la Cruz de Jesu-Christo, segun sea posible à la condicion y estado de cada uno. Y meditando estas palabras de Tertuliano: *Tota clavis Paradisi sanguis tuus;* abrid vosotros mismos las puertas del Cielo con vuestra penitencia, y sufrid con Jesu-Christo, fortalecidos con el socorro de su divina gracia, para que reyneis con él por los siglos de los siglos en la Gloria. Así sea. Amen.

Varela

